

Pero la Hungría había sucumbido; la paz se restablecía en toda Europa; el Austria recuperaba su poder, y Venecia no tuvo mas remedio que capitular. Ciertamente que sucumbió en la lucha, pero á lo menos fué con gloria (1).

Hablando Napoleon de la Península á principios de este siglo, decia lo siguiente:

“La Italia reúne á la belleza varonil del hombre el muelle pensamiento de la muger y la falta de razon del niño.” El inmortal alumno de Briena, que en aquella época habia logrado que la Europa entera le hiciese antesala en su palacio; hubiera dicho lo mismo en 1850?

Hace algunos años se decia: “*Los reyes van de caída;*” falso: “*Los reyes vuelven.*” Lo que seguramente va de caída, lo que no subsistirá en parte ninguna, para honra de la humanidad, dignidad de las naciones y dicha de los pueblos, es; gracias al cielo! *la república.*

(1) Venecia se rindió en la noche del 22 al 23 de Agosto de 1849.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

Revoluciones de Nápoles y Sicilia.

CAPITULO I.

REFLEXIONES PRELIMINARES.—OJEADA HISTORICA SOBRE EL REINO DE NAPOLES.—LOS HERMANOS BANDIERA.—CONGRESOS CIENTIFICOS.—LA FAMOSA PROTESTA.—REGGIO Y MESINA.—PRIMEROS DESORDENES EN NAPOLES.—MAJO Y DESAUGET.—TRIUNFO DE LOS REBELDES.—GOBIERNO PROVISIONAL EN PALERMO.

Si la revolucion napolitana, en vez de esperar á ser vencida por las armas, se hubiera detenido un momento en medio de su impetuosa carrera á considerar los peligros, las ruinas y desgracias en que iba á precipitarse, es indudable que escuchando la voz de la razon y del honor habria retrocedido espantada de sus locuras y consternada por sus desastres.

Pero la razon no ha servido jamas de guia á los rebeldes, ni menos saben ellos que haya una voz del honor. ¡Estraña fatalidad por cierto, que divididos y temblorosos los hombres honrados hayan de mostrarse siempre débiles é indecisos ante los sombríos genios del mal! No se levantara, no, audaz y terrible la perfidia desde las mas hondas profundidades de la sociedad, si firme y altiva la lealtad supiese salirle al encuentro para dominarla y abatirla.

Conviene notar aquí una observación importantísima, y es que así como el espíritu revolucionario no se manifestaba en París, en Roma y en otras muchas capitales sino entre las clases menesterosas especialmente; así por el contrario en Nápoles, tenía sus principales raíces entre los estudiantes, los comisionistas, los abogados, los extranjeros y una pequeña parte de la clase media. El pueblo napolitano, eminentemente realista, no comprendía ni quería comprender ninguna de aquellas doctrinas anárquicas que propenden á la destrucción del trono y del altar; y firmísimamente apegado á su fe monárquica y religiosa, no corría ciegamente hácia la engañosa luz de las ciencias políticas, que, apartándole de sus hábitos y de su posición, le hubieran quemado sin iluminarle. En vano querían algunos mostrarle á su frente las ilusiones de emancipación y de libertad; el pueblo miraba, y no veía nada. Rechazando la idea de una existencia espléndida á que no podía aspirar, aceptaba su vida tal cual era, sin soñar con imposibles; confiaba en su rey siguiendo las inspiraciones de su conciencia; amaba á su familia obedeciendo á los impulsos de su corazón, y oraba á Dios como lo habían hecho sus padres.

Por lo tocante á los *lazzaroni*, especie de pueblo aparte en medio del de las Dos Sicilias, y por lo comun privado de hogar y de abrigo, tienen un sello propio y peculiar que les distingue: trabajan sin murmurar, y se deleitan en el descanso; la aurora les encuentra alegres y joviales al despertar, y la noche cantando al dormirse; chistosos hasta en sus riñas, y hasta en el dolor risueños.

Un pueblo tan bueno ¿de qué le menester? De su plato de macarrones al día, y de sus polichinelas á la noche, para divertirse; un poco de sombra al medio día al pie de un guardacanton; las piedras de la calle por lecho, y al resplandor de la estrellada noche, la vista de su golfo encantado; una tarantela el domingo, su correspondiente estampa al pecho, y una carrera en los *coricoli*; y para completar el cuadro, las dulces brisas del mar, la poesía de su tranquila indolencia, la serenidad de su pereza, su hermoso cielo y su fe en Dios.

Por espacio de siglo y medio con corta diferencia (1), había tenido Nápoles bajo la dominación de la corte de Madrid veinte y ocho vireyes, que, robando á la par para España y para sí propios, redujeron al mas bello reino de Italia á un estado tristísimo de miseria y de ilotismo (2). El término de tanta desgracia no le era dado alcanzarlo á un feroz *Procida* con sus vísperas sicilianas, ni á un miserable *Mazianello* con sus es-

(1) Desde Fernando el Católico hasta Felipe IV, es decir, de 1500 á 1648.

(2) Cuando se agotaron las minas del Nuevo-Mundo, España imponía á las Dos Sicilias tributos exorbitantes, y todas las riquezas del país subyugado iban á parar á la metrópoli extranjera.

túpidas insurrecciones, porque la gloria de cambiar el destino de las Dos Sicilias estaba reservada á la augusta familia de los Borbones. El nieto de Luis XIV, Felipe V, rey de España, dió á su hijo Carlos III (1) el reino de Nápoles, separándole para siempre jamás de su corona.

Entonces fué cuando tras largos siglos de guerra y de opresión, respiró libre y dichosa la poética tierra confiada á los descendientes de San Luis. Viéronse allí levantarse como por encanto palacios, manufacturas, hospitales, teatros y monumentos de todo género (2). Herculano y Pompeya surgieron milagrosamente con todos los recuerdos de la antigua Roma, de entre las cenizas y lavas en que por espacio de dos mil años las había tenido sepultadas el Vesubio; y Nápoles al cabo alcanzó el alto puesto que le correspondía entre las naciones privilegiadas.

Fernando I continuaba la obra de su padre cuando estalló la primera revolución francesa; y por mas que intentó hacer frente á la tormenta que le amenazaba, el general Championnet se apoderó del reino de Nápoles y estableció allí la república (3).

Mas no tardó el país en sacudir el yugo de la dominación extranjera. Los habitantes de las Calabrias, capitaneados por el cardenal Ruffo, marcharon en masa á libertar á Nápoles; capituló el castillo de San Telmo; desapareció en medio del grito general de la nación la pequeña parte de republicanos que aterrorizaban la ciudad, y Fernando recobró su corona.

Poco tiempo despues cayeron en poder de Napoleon las Dos Sicilias; Fernando tuvo que refugiarse á Palermo; y Murat se coronó rey de Nápoles (4); pero mas tarde huyó tambien á su turno cuando Napoleon no era ya dueño del orbe, y Fernando I quedó vengado.

Comenzó su nuevo gobierno por una amnistia general, conservó las instituciones francesas convenientes al país (5), y Nápoles prosperaba grandemente, cuando nuevos manejos revolucionarios le obligaron en 1820

(1) Carlos III fué un rey justo, ilustrado y humano, que otorgó al país prudentes instituciones, y emancipó á sus súbditos publicando el Código Carolino, en el cual se hallaban garantizados los derechos, y asegurada la igualdad ante la ley de todos los ciudadanos.

(2) Deben mencionarse especialmente el magnífico palacio de Caserta y el admirable teatro de San Carlos, únicos en su género; enriqueció á Nápoles además con obras artísticas que realizaron su gloria.

(3) Dividió el reino en departamentos sin curarse de si convenia á sus hábitos, costumbres y posición; enviáronse á todas partes predicadores de la democracia; fueron abolidas las solemnidades religiosas; confiscáronse las propiedades y púsose tasa á las opiniones, pagando menos el rico que el pobre cuando eran mejores sus ideas.

(4) Dió una constitución en 1815.

(5) Conservó el Código Napoleon, mitigando tan solo la severidad de las leyes francesas en materia criminal, porque abolió la marca y la espacion.

á dar una nueva constitucion al reino; pero las poblaciones asombradas la rechazaron enérgicamente, el ejército suplicó á Fernando que la derogase, y despues de nueve meses de desórdenes y calamidades desapareció tan odioso régimen.

Francisco I sucedió á su padre en 1825, no habiendo turbado la paz de su reino mas que una tentativa revolucionaria (1) prontamente castigada; pues el amor de los napolitanos á sus legítimos príncipes era tan fuerte, que no alcanzó á destruirle el triunfo de los insurrectos de Paris en 1830.

En Noviembre de este mismo año subió al trono Fernando II, inaugurando su advenimiento al poder con un perdon general de todos los delitos políticos, y otorgando como uno de sus primeros beneficios la admision de todos los ciudadanos, sin distincion, á los empleos y cargos públicos.

Jamas hubo soberano de carácter menos despótico ni de corazon mas humano; así es que nunca retrocedió, digan lo que quieran los que tan gratuitamente le calumnian hoy, ante ninguna de las concesiones que en su concepto podian contribuir á la felicidad de su pueblo. En prueba de ello, hizo en la asignacion de la casa real una reduccion de cerca de dos millones de francos; recorrió su reino visitando así los palacios como las cabañas, y dejando por todas partes muestras señaladas de su justicia y munificencia; promovió la terminacion de los antiguos arrecifes, y la construccion de nuevos caminos: su nombre, en fin, bendecido por las poblaciones que habian tenido ocasion de juzgarle por sí mismas, se pronunciaba siempre y en todas partes con acento de admiracion y gratitud (2).

Pero las *societades secretas* estendian ya de un cabo al otro del mundo su funesta dominacion, y sus principales gefes prometieron mas de una vez al rey de Nápoles, en nombre de todas las poblaciones de la Península de quienes se titulaban órganos, colocar en sus sienes *la corona de toda la Italia*, si consentia en prestarles ayuda para espulsar á los antiguos dominadores del país. Rechazando con desprecio sus proposiciones Fernando II, se contentó con darles por toda respuesta estas sencillas palabras de la Biblia: "No codiciarás los bienes ajenos."

Furiosos los anarquistas, apelaron nuevamente á la rebelion, ya agitando á los Abruzos, ya removiendo la Calabria; pero sus planes se estrellaron constantemente en el afecto que las masas profesaban al soberano.

(1) Algunos carbonarios, apoyados por los hermanos Capozzoli, intentaron sublevar al Cilento pero fueron completamente derrotados.

(2) En los catastros de la Pulla resultaban deudores por rentas de tierras muchos colonos, y á todos ellos se les perdonó.

De imprevisto desembarcaron cerca de Cortona los dos hermanos *Bandiera*, oficiales italianos al servicio de la marina austriaca, acompañados de una veintena de extranjeros venecianos y romanos, entre los cuales figuraban Ricciotti y Moro, oficiales desertores de marina. Todos esperaban calorosas muestras de simpatía de parte de las poblaciones; pero pronto se desengañaron al ver que ni una tan sola les seguia.

Dirijiéronse, pues, atravesando los Apeninos, hácia *Cosenza*, pueblo célebre por haberse enterrado en él Alarico; y allí, bajo el nombre de *unidad italiana*, intentaron proclamar la república. ¡Vana tentativa! Los campesinos y guardias urbanos, en union con algunos soldados, cayeron espontáneamente y de imprevisto sobre los rebeldes, poniéndoles en completa derrota, persiguiendo hasta en la montaña á los fugitivos, causándoles varios muertos y llevándose prisioneros los restantes, cerca de Cosenza, al pueblo llamado *San Giovanni in fiori*, donde fueron juzgados y condenados á la pena capital, que tenian harto merecida, los cuatro gefes principales de la insurreccion, Ricciotti, Moro y los dos *Bandiera*. Preciso era hacer en estos rebeldes un ejemplar escarmiento.

"¡ Señor! escribia Atilio Bandiera al rey de Nápoles el 22 de Junio de 1844; mi objeto, al proclamar la independenciam en Calabria, no era mas que defender la causa de la unidad italiana. Si V. M. quiere ser soberano constitucional de toda la Península, me consagraré en cuerpo y alma á su servicio (1)."

Mal modo era este de implorar clemencia, y por lo tanto siguió la justicia su curso.

Como la deplorable intentona de los *Bandiera* no duró mas que cinco ó seis dias, tuvo que recurrir la *Jóven Italia* á nuevos medios de insurreccionar á los pueblos, y con tal fin reunió en Nápoles el año de 1845 una de las famosas asambleas conocidas con el nombre de *Congresos científicos*. *Cauino* y *Orioli* dirijian esta propaganda: el rey de Nápoles, victima de su generosa buena fé, les habia abierto su capital, y con ellos habian penetrado en las Dos Sicilias las doctrinas anárquicas, encubiertas con el lenguaje de la ciencia (2).

El ministro Santangelo, hombre de talento, instruido y valiente, fué el encargado de presidir el Congreso, é intentó en vano contener la efervescencia de los animos; por donde los discípulos de *Mazzini* lograron

(1) Documentos manuscritos del proceso de *Bandiera*, cuaderno núm. 19.

(2) Fernando acogió con regia magnificencia á los pretensos viandantes de la erudita literatura, gastando cerca de dos millones en el recibimiento que les hizo. Los refugiados políticos que formaban parte de la asociacion científica, obtuvieron de su bondad el permiso de unirse en Nápoles á sus compañeros, mientras durase el Congreso.

atraerse, de entre aquella reunion inmensa (1), buen número de nuevos adeptos. Del mismo modo que todas las grandes ciudades de Italia, Nápoles no pudo evitar el contagio de las ideas de *independencia* y de *unidad*, y el mal hizo rápidos progresos.

Los hermanos de la *Jóven Italia* enarbolaban impunemente su bandera. Los desórdenes ocurridos en Bolonia, en la Romanía, en Rimini y en Roma habian llegado á noticia de los súbditos del rey de Nápoles; y tanto con esto como con el advenimiento de Pio IX y su famosa amnistia, se hallaban fuertemente conmovidos los ánimos. Los agitadores napolitanos, poco numerosos hasta entonces, se aprovecharon de las circunstancias para salir de sus escondrijos, é intentar, como por via de modesto ensayo, ligeras demostraciones en favor del Papa y de los amnistiados. Así se abria paso un hilo de agua que, formando poco á poco un arroyo, llegaría al cabo á convertirse en torrente.

En Julio de 1837 se dió la primer campanada con la famosa protesta atribuida á Settembrini, profesor en el liceo de *Catanzaro*. Publicacion mas incendiaria y de resultados mas funestos no se ha dado jamas á la estampa. En este columnioso libelo, escrito con atroz energia, entregábase al rey de Nápoles y á su gobierno á la execracion pública, injuriábase escandalosamente á la reina madre, tan querida del pueblo por su beneficencia, y concluíase con un llamamiento á la rebelion, á los puñales y á la guillotina: verdadera tea incendiaria que iba á producir su efecto (2).

El reino, sin embargo, caminaba en continua via de prosperidad: habíase amortizado completamente la deuda pública contraída á consecuencia de los deplorables acontecimientos de 1820; abríanse magnificas carreteras; el rey abolia algunos impuestos (3) por haber reservas en el tesoro; pero mientras mas motivos de agradecimiento tenia el país para con el monarca, mas se irritaban los anarquistas.

Estalló, pues, una rebelion en la Calabria, siendo uno de sus principales gefes en Reggio Domingo Romeo, agente del administrador de aduanas *Benucci*.

Este último tenia en su poder trigo del gobierno, y habia recibido comision del rey para revenderle á bajo precio á fin de aliviar la miseria

(1) Asegúrase que pasaban de 1,200 personas.

(2) Solo al cabo de tres meses fué cuando pudo descubrirse que el impresor de este folleto habia sido un francés llamado Seguin. Ejemplar hubo que llegó á venderse hasta por 15 francos. Véase "Miscellanea del Giorno," 1847, Paris, t. II, pág. 316.

(3) Particularmente aquellos que desde el siglo XVI gravitaban sobre las clases mas menesterosas del país, como el de las maquilas y el de la sal, lo cual produjo una baja de ocho millones de francos en los ingresos del Estado.

de las clases pobres (1). El dinero que produjo esta operacion, confiado por *Benucci* á su dependiente *Romeo*, fué el que sirvió para pagar á los rebeldes.

Estos se pronunciaron el 2 de Setiembre de 1847 á los gritos de: *Viva Pio IX!*; *Viva la constitucion!*; *Viva el rey!* echaron abajo las puertas de las cárceles, se apoderaron de la ciudadela, que solo tenia veinte hombres de guarnicion, publicaron una proclama declarando traidores á los ministros que se opusiesen á la voluntad constitucional del monarca, formaron un gobierno provisional bajo la presidencia de un tal *Pellicano*, y se distribuyeron entre sí todos los empleos públicos y cuanto dinero hallaron en la caja provisional. *Romeo* hubiera podido decir muy bien lo que aquel déspota del Oriente al levantarse alegre de la mesa: "Mi pueblo no debe tener ya hambre, porque acabo de comer opíparamente."

Reggio invocó el apoyo de Mesina para llevar á cabo la gran obra de la *regeneracion* siciliana, y ambas ciudades se saludaron mutuamente, de modo que hubo entre ellas, por decirlo así, *cordiul inteligencia*.

Pero el telégrafo napolitano se habia movido con rapidez, y á los tres dias se presentaban delante de Reggio cuatro fragatas de vapor, mandadas por el príncipe Luis de Aquila, hermano del rey, con un regimiento de línea y varias piezas de artillería. Las tropas napolitanas saltaron en tierra..... dispararon algunos cañonazos..... pero ya no habia rebeldes, porque gefes y soldados iban huyendo á toda prisa.

Procuraron, sin embargo, reunirse entre rocas y montañas, para hacer desde allí sus correrias por las campiñas; pero si bien las aldeas privadas de defensa tenian por precision que darles acogida, en cambio no llegaban á un pueblo medianamente fortificado que no les recibiese á balazos; por donde colocados muy en breve entre las tropas que los perseguian y las poblaciones que los rechazaban, fueron los fugitivos completamente destrozados. Domingo Romeo, solo, abandonado por todos los suyos, desfallecido de hambre y de cansancio, llegó á la puerta de un labriego, el cual, reconociéndole en el mismo instante, le mató de un tiro. Muerto el gefe, se acabó la rebelion.

Igual desbandada ocurrió en Mesina, saivo que se libró el tesoro del Banco, porque los rebeldes no tuvieron lugar de repartírselo. Ambos acontecimientos sirvieron tan solo para demostrar el amor de la mayoría del país hácia su rey y la clemencia de Fernando, el cual perdonó á muchos culpables, entre ellos á Andrés Romeo, hermano de Domingo, que mas tarde juraba en el exceso de su reconocimiento la muerte de su soberano.

(1) Había carestía de granos por haber sido mezquina la recoleccion del año anterior.